

teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: "Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que, segun quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan, y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo.— ¡Calla! dijo Don Quijote; ¿y dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido?—Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.—Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar?—La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escrebir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.—Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.—¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza.—Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana.—Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle.—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote.—¡Pecador de mí! replicó Sancho; ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele?—Calla, amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes

hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera." Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo: "Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los Santos cuatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mántua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo." Oyendo esto Sancho le dijo: "Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.—Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confirmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas hago esto, que bien tengo á quién imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante.—Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: si no, dígame ahora: si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿qué hemos de hacer? ¿háse de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mántua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida.—Engañaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas enercujadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la Bella.—Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa insula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego.—Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare insula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á